

la eleccion de Julio II, ayudó á este en sus empresas, revistió con habilidad su propio carácter guerrero aunque en menor grado, cayó cautivo en la batalla de Rávena, estuvo prisionero en Milan y fugitivo en Bolonia; y cuando supo la muerte de su protector, hízose llevar en litera á Roma, presentóse en el conclave asistido de su médico que anunciaba á todos lo próximo de su muerte; y debió á esta bien fingida celada la posibilidad de su eleccion. Una vez Papa, como se encontrara con grandes ahorros acumulados por Julio II, malversólos en las fiestas de su coronacion y en el matrimonio de su hermano Julian, casado con Filiberta de Saboya. Sin los escándalos de Alejandro VI, sin sus numerosos hijos, sin sus maniobras para colocarlos á todos; como hechura del nepotismo que era, continuador del nepotismo fué. Él concluyó con la República florentina tristemente, nombrando á su sobrino Julian señor de la ciudad esclava; él arrancó el ducado de Urbino á su legítimo duque por medio de bandas de condotieros que en nombre del vicario de Cristo, y para engrandecer á uno de sus parientes, desolaron todos aquellos territorios; él, no pudiendo vencer á Alfonso de Este, cuya Ferrara apetecia con voraz apetito, lo mandó envenenar; él llamó á Juan Pablo Vagliono, bajo salvoconducto, á Roma, y á pesar del salvoconducto, lo decapitó para apoderarse de Montefeltro; él acabó con el duque Federico de Fermo; él puso primero á tormento y despues en la horca á los reyecillos feudales de las Marcas; él quiso elevar al imperio de Alemania su propio sobrino Lorenzo II; él nombró treinta y dos cardenales para que le sirvieran de instrumento en sus vastos planes políticos; él intentó una monarquía de los Médicis en Milan contra Francia y otra monarquía de los Médicis en Nápoles contra España; él tuvo en los diez años de su reinado una idea fija y un propósito constante á que lo sacrificó todo, el engrandecimiento de su proterva familia.

En su vida privada fué siempre un calavera florentino, uno de esos jóvenes que malgastan la vida en fiestas y placeres y cultivan el arte por su lado sensual y regocijante. Vestíase de gentil hombre á lo mejor con menosprecio de sus hábitos pontificios; cazaba al vuelo en Viterbo, pescaba á la caña en Bolsena; disponia mascaradas fuera de carnaval, mandaba representar, en presencia de toda su corte eclesiástica, la Mandragora de Maquiavelo y su propia Calandria, comedias dignas de cualquier mancebía; rodeábase de bufo-

nes que trocaban con sus gestos y dicharachos la cámara pontificia en verdadero circo; gustaba de tañer y cantar á guisa de Neron; ponía en olvido los estudios eclesiásticos para estudiar tan solo poetas y escritores antiguos; trincaba con Aretino, departía con Ariosto, montaba cargado de joyas en caballos árabes y resumía su vida en fórmulas epicúreas que le alentaban al goce y le distraían del deber. Pero, con todo esto, aparece á los ojos de la posteridad, en los cielos de la historia, como un sol de los soles, teniendo la incomparable dicha y la no disputada fortuna de dar su nombre al siglo mas fecundo en grandes obras y en grandes hombres que tiene la edad moderna, al siglo décimosexto. Quizás lo debe todo á la feliz coincidencia de haber sido contemporáneo de los mayores ingenios que han ilustrado á Italia. En su tiempo ya escribía Guicciardini, quien juntaba con la elegancia de Tucídides la profundidad de Tácito. A su lado se levantaba el pensador mas original y mas contradictorio que ha habitado la tierra, el pensador Maquiavelo. Su cuna está bajo la sombra de la cúpula de Santa María de las Flores y su sepulcro bajo la sombra de la cúpula de San Pedro en Roma. A los acordes de su lira elevábase en los aires, como un ritmo en piedra, la arquitectura moderna. De su edad era el incomparable Alberti, que inventó la cámara oscura y que restauró las páginas de Vitrubio. Los mas expertos en cincelar joyas esmerábanse con mayor esmero en su tiempo, como si quisieran hacer de su reinado una obra de Fidias. Baste decir que entregó á Rafael de Urbino la custodia de todas las antigüedades romanas. Así como antes iban los peregrinos de la religion á ver las tumbas de los Apóstoles, van ahora los peregrinos del arte á ver las obras mas perfectas de la pintura universal. Aquí saludan á las Sibilas de Santa María que tienen la belleza griega en su forma y la intuicion cristiana en sus ojos; allí adoran la Virgen de Foligno resaltando en una claridad celeste con su hijo en los brazos y sobre la cabeza un íris en que nadan los ángeles recién descendidos de la gloria; acullá se oyen las armonías sicilianas contemplando la Galatea que discurre por los mares helénicos sobre su concha de nácar y seguida de los resonantes coros que forman los tritones y las nereidas; las ideas escapadas de la ciencia antigua toman cuerpo en proporcion con su grandeza allá en los frescos de la escuela de Atenas, y los principios de la teología cristiana se avivan, se dibu-

jan, se coloran con toda su pureza y toda su verdad en los santos, en los mártires, en los doctores de la disputa del Sacramento; surge la leyenda católica por las rejas de la prision de San Pedro que los arcángeles inundan con los resplandores de la luz increada, y por las bóvedas de la Farnesina la leyenda clásica que muestra á Psiquis, ó sea el alma humana, próxima á una trasformacion y rodeada con las legiones maravillosas de los dioses antiguos; en un lado se escucha la batalla en que triunfa la cruz y se consagra para siempre la victoria del espíritu sobre la materia, mientras en otro lado se escucha el coro armoniosísimo parecido al zumbir de las abejas del Atica que forman los poetas clásicos cuando suben al Parnaso á recibir el amor y la inspiracion de las musas; síguense los cuadros mas bellos de la Biblia entre los grotescos mas complicados de la Roma imperial; y no sabe el ánimo qué admirar mas en la melodiosa epopeya de líneas y colores, si la suavidad, si la gracia, si la virtud creadora, si la fecundidad inagotable, si la armonía de las formas, si la perfeccion del dibujo, si la grandeza de las composiciones ó la verdad con que se hallan sentidos á un mismo tiempo el paganismo y el catolicismo reconciliados para siempre en las cimas de aquella obra inmortal. Para que nada faltase á este tiempo, para que la naturaleza humana hubiera en él de agotarse, al lado de lo bello lo sublime; al lado de las figuras armoniosas de Rafael las figuras titánicas de Miguel Angel; al lado de las Vírgenes que parecen la gracia divina, la paz eterna, la melodía helénica, los gigantes en mármoles ó en frescos, que dotados de una voluntad incontrastable, la estrellan contra los bordes del límite y se retuercen desesperados en combates sin tregua y en dolores sin término. Parece como que Roma y Grecia, la proporcion de la una y la desproporcion de la otra, la gracia ateniense y la grandeza latina, lo colosal y lo armónico, la perfecta consonancia entre el ideal y la realidad, entre la forma y el fondo y la disonancia de que ha salido la literatura moderna, se hallan representadas por estos dos genios contradictorios, que se elevan, como dos estatuas, en los límites infranqueables, á donde puede llegar la luz de la humana inspiracion y los esfuerzos del humano trabajo. Y aun descendiendo de estas grandes alturas á ingenios de otra estirpe, ¿por qué vivieron tantos en tiempo de Leon X y tantos se mezclaron en su gloriosa vida? Si Miguel Angel estuvo sin trabajar casi durante los

diez años de su Pontificado, en cambio Andrea del Sarto copió con tanta fidelidad su retrato, hecho por Rafael, que los Médicis pudieron mandárselo al duque de Mantua, y el duque de Mantua tomarlo por el original mismo. Contemporáneo de Leon X fué Ticiano, contemporáneo Julio Pippi, contemporáneo Polidoro Caravagio, contemporáneo el Correggio, contemporáneos tantos y tantos como han elevado el ideal, el Sansovino que ha competido con los mejores en escultura y en arquitectura, el Torrigiani educado en los jardines de Lorenzo de Médicis que elevó el admirable mausoleo de Enrique VII en la abadía de Westminster, el inagotable Ariosto que ha llenado de visiones risueñas toda aquella época, y otros innumerables que fatigan las fuerzas de la admiración y llenan con sus nombres inmortales las páginas de la historia.

Lo cierto es que Roma debía estar, en tiempo de Leon X, admirable. Las medidas de Alejandro VI, la voluntad enérgica de Julio II, la propia policía de Leon X habíanla con empeño limpiado de bandidos y héchola tan agradable y tan risueña que en aquellos tres pontificados se duplicó su antes mermada población. El comercio continuo que el patriotismo de Leon X estableció entre Roma y Florencia daba ciertamente á la colosal grandeza de aquella mucho de la elegancia ateniense de esta. Las ruinas se excavaban, los monumentos antiguos se rehacían, las estatuas griegas se elevaban de nuevo como resucitadas; subía á los cielos el grandioso monumento de San Pedro dirigido á la sazón por Rafael en persona; cada casa parecía una academia; hablábase en los templos y en los consistorios un latín perfecto; los espectáculos mas bellos se veían diariamente en aquel afán de recrearse á la continua que aquejaba á la corte, junto á los juegos latinos y helénicos remedados á todas horas alzabase el teatro moderno sostenido por los primeros actores de Italia, en este punto se veía un fresco de Julio Romano, en aquel un adorno de Juan de Udina; brillaba aquí un cuadro de Rafael de Urbino, allí una estatua de Miguel Angel Buonaroti, mas allá un templo de Bramante, en este palacio los traductores griegos y en aquel los latinos ciceronianos; todo realzado por el gusto de una corte dada en cuerpo y alma con todos sus sentidos y potencias á la adoración del Renacimiento italiano. Y á una Roma así iba Lutero, el estudiante convertido en monje por un rayo de sus pasiones tem-

pestuosas; el monje convertido, dentro de su claustro, en una especie de cadáver; el comentador perpetuo de los textos sagrados; el discípulo de aquel Renacimiento germánico que enseñaba el hebreo tan solo para que pudiese leerse en su lengua original la Biblia, y el griego para que pudiesen leerse en sus textos mas primitivos los santos Evangelios; en fin, el hombre empeñado en volver la Iglesia, la cristiandad, los Pontífices á los tiempos apostólicos, y que se encontraba á la Iglesia, la cristiandad y el Pontífice en brazos del mas desenfrenado paganismo. ¿Os extrañará ahora que la cólera de Arminio haya revivido en ese germano incapaz de comprender nuestra civilización y nuestras artes?